

LXIII

La lid vió de este modo, y asaltado sintió su pecho de temblor tan fuerte, que decir parecía: «Ese es tu amado; jese que va á sufrir, le ves, la muerte! Así de angustia el corazón pasado, siguió el vaivén de la dudosa suerte, y cada vez así, que embistió Argante, sintió en el alma el fierro penetrante.

LXIV

Mas cuando la verdad hubo entendido y que otro día al reto se señala, tan extraño terror le ha acometido, que la sangre en sus venas no resbala. Hora arranca recóndito gemido; hora en secretas lágrimas se exhala; mustia y trémula siempre y en cautela, el espanto, el dolor su faz revela.

LXV

Larga vigilia con feral traslado la asusta y llena de zozobra mucha, y aun más su triste sueño es agitado de sombras mil con la empeñada lucha. Ver se imagina al caballero armado, yerto, bañado en sangre, y que le escucha pedirla auxilio. En tanto se despierta, y se halla toda en lágrimas cubierta.

LXVI

Mas no es sólo que el negro mal futuro el corazón de la infeliz agite; de las heridas el recuerdo duro basta para que trémulo palpите, y los ruidos que extiende el vulgo obscuro, y la distancia engrandecer permite, falsos la anuncian que el guerrero fuerte ya languidece próximo á la muerte.

LXVII

Y como de la madre aprendió pura la virtud de las yerbas más secreta, y con cuál triste canto el mal se cura del cuerpo lacio y el dolor se aquieta, (arte que en aquel mundo por cultura á las hijas de reyes se cometa), pretende Erminia con su propia mano al querido señor tornarle sano.

LXVIII

Ella á su amante medicar desea, y al rival que atender por fuerza tiene. A veces de maligna planta idea jugo en él derramar que le envenene; mas la piadosa virgen titubea, y artes inicuas de ejercer se abstiene. Al fin, que de virtud esté vacía cada yerba que exprime sólo ansia.

LXIX

Ni de ir en medio de enemiga gente
le da temor; que peregrina anduvo,
y muchas guerras vió y estrago ingente,
y dura vida y azarosa tuvo.
Por eso fuerzas y valor su mente
sobre la usanza femenil obtuvo,
y por eso el temor fácil no acoge
ni leve riesgo el corazón la encoge.

LXX

Pero ciega pasión causa primera
es de que lance ya toda pavora,
y entre las garras y el rugir creyera
de africanos leones ir segura.
Mas, si no de la vida, al fin debiera
de la fama á lo menos tener cura.
Así dos adversarios (¡duro estrecho!);
honor y amor se asaltan en su pecho.

LXXI

Dícele aquél: «¡Oh virgencilla acerba,
que mi ley hasta aquí llevaste en calma!
yo, de enemigos entre audaz caterva,
castos los miembros te guardé y el alma;
y de pureza que salvaste sierva,
¿pretendes, libre ya, perder la palma?
¿Quién tu pecho á maléficis placeres
despierta así? ¿qué piensas? ¡ay! ¿qué quieres?»

LXXII

»¿Conque el título tú de pura y casta
amas tan poco y del honor el precio,
que entre la hueste irás que te contrasta,
nocturna amante con tu empeño necio,
y á que el héroe te diga:—¡no te basta
perder tu reino, y buscas mi desprecio!
¡Ah, de mí no eres digna!—; y te resista;
y á otros te dé como inferior conquista?»

LXXIII

De la otra parte el ciego estos falaces
dulces consejos da, porque se rinda.
«Nacida no eres tú de osos voraces
ni entre rudos peñascos, virgen linda,
para que así el amor siempre rechaces
y huyas el bien y halagos que te brinda;
ni es tu pecho de fierro ó de diamante,
para que horror te dé sentirlo amante.

LXXIV

»Ve á do te impele voluntad gallarda,
y no á tu vencedor te finjas crudo:
¡no sabes cuánto en tus ardores arda
ni cuán tierno sentir tu llanto pudo!
¡Ay! la cruda eres tú, que dudas tarda
en llevarle salud y serle escudo.
Tancredo está espirante; ¿y tú te cuidas,
fiera, ingrata mujer, de ajenas vidas?»

LXXV

»A Argante sana pues, para que luego
al que te dió el vivir le dé la muerte,
y pagarás de servidor tan ciego
los dones y tus deudas de esa suerte.
¿Y será que á turbar hoy tu sosiego
esa tremenda obligación no acierte,
y de aquí no te lance en riesgo tanto
de ejercerla el temor y el negro espanto?

LXXVI

»Mejor te fuera oficio y más humano,
de más contento al pecho y alegría,
si tu piadosa, fiel, médica mano
tocara el cuerpo que la muerte enfria;
que por ti tu señor entonces sano,
á su beldad primera tornaría,
y como en obra tuya te gozaras
cuando su faz hermosa contemplaras.

LXXVII

»Con eso, parte en su loor tendrías
y en sus lauros y hazañas más famosas;
así honestos abrazos gozarías
y la dicha de bodas venturosas;
y honrada luego y señalada irías
con las madres del Lacio y las esposas
allá en la bella Italia, do fortuna
de la fe y el valor plantó la cuna.»

LXXVIII

Así vana ilusión con grato adorno
á su espíritu engaña enfermo y lacio;
mas obstáculos mil descubre en torno
para salir del prohibido espacio;
porque velan las guardias y el contorno
recorren de los muros y el palacio,
y porque á abrirse en riesgo tal no acierta,
sin razón muy subida, paso ó puerta.

LXXIX

Solía Erminia en la mansión frecuente
de la insigne Clorinda hacer demora.
La vió con ella el sol alto y fulgente;
al lado suyo la rosada aurora;
cuando muere la luz en Occidente
sólo un lecho tal vez las atesora,
y una virgen á otra, fantasía
más que la de su amor no ocultaría.

LXXX

Ese Erminia jamás del pecho saca,
y si el mal ve Clorinda que la hostiga,
su lamento y suspiros los achaca
á otra causa ó dolor que la persiga.
Tanta amistad, con que su pena aplaca,
la acerca fácil á la dulce amiga;
que el acceso á su estancia no la cierra,
ya se ocupe en consejo, ya en la guerra.

LXXXI

Un día entrando allí, cuando á otra parte
 Clorinda fué, paróse cavilosa,
 entre sí revolviendo el modo y arte
 de la fuga que anhela misteriosa.
 Mientras en proyectos frágiles comparte
 su rápido pensar, que no reposa,
 suspensas de Clorinda en alto mira
 cota y armas, y viéndolas suspira.

LXXXII

Y triste dice en su interior: «¡Oh cuánto
 es feliz la fortísima doncella!
 y ¡ah! no la envidio yo renombre tanto,
 ni el femenino honor de ser tan bella.
 Su planta no molesta el largo manto,
 ni cerrojo ni muro manda en ella.
 De armas se viste, y si partir decide,
 sale, y ni el miedo ni el pudor lo impide.

LXXXIII

»¡Ah! ¿por qué á mí también duros cual roca
 Dios los miembros y el alma no me ha hecho?
 Cambiaría yo así mi velo y toca
 por la dura coraza y yelmo estrecho;
 así el ardor burlara que sofoca
 y á granizos y vientos diera el pecho,
 y así también en armas me vería,
 seguida ó sola el campo noche y día.

LXXXIV

»No habría entonces el soberbio Argante
 lidiado en él con mi señor primero.
 Yo á Tancredo salírale delante,
 y hoy le hallara tal vez mi prisionero.
 Sufriera entonces de enemiga amante
 yugo de esclavitud dulce y ligero,
 y en los fierros que amor puso á sus bríos
 yo viera acaso suavizar los míos.

LXXXV

»O si el pecho me hubieran traspasado
 y el corazón de nuevo sus furores,
 habría al menos y por fin sanado
 golpe de crueldad llaga de amores.
 Durmiera en paz entonces el cansado
 cuerpo entre sus pendones vencedores,
 y el honor de una lágrima su enojo
 quizá rindiera á mi mortal despojo.

LXXXVI

»Pero ¡aymé triste! inalcanzable cosa
 busco y proyectos mil en balde aliño.
 ¿Y me habré así de estar mustia y llorosa,
 como vulgar mujer ó débil niño?
 No; mi fiel corazón confía y osa.
 ¿Por qué esas armas una vez no ciño?
 Á sostener su carga espacio breve
 ¿cómo el cuerpo, aunque débil, no se atreve?

LXXXVII

»Se atreve, sí; que amor le hará potente;
 amor que á los más flacos les da niervo;
 por quien se torna fiero y combatiente
 en la estiva estación tímido ciervo.
 Yo, no á lidiar con ellas; solamente
 á un ardid ingenioso las reservo.
 Me fingiré Clorinda; así encubierta
 bajo su imagen, mi salida es cierta.

LXXXVIII

»Los guardias de los muros honra y laude
 me darán, sin pesquisa inoportuna.
 ¡Hábil designio! Mi razón le aplaude
 que, fuera de arte tal, no halla ninguna.
 Protejan pues el inocente fraude
 amor, que me le inspira, y la fortuna.
 Ya que Clorinda en el consejo aún mora,
 propicia á mi partir llegó la hora.»

LXXXIX

Así furia de amor á la cuitada
 á descolgar las armas incitóla,
 y á acogerse á su próxima morada
 luego el susto á la tímida obligóla.
 De nadie vista fué; que á su llegada
 por honor los demás la dejan sola,
 y la noche también, que ya venía,
 de hurtos amiga, el suyo protegía.

XC

Y obscuro viendo el cielo, ó que de estrella
 le alumbra débil el fulgor ligero,
 sin más retardo, á una leal doncella
 en secreto llamó y á un escudero,
 en quien probada fe la sangre sella.
 Descubre á entrambos su designio entero,
 y del partir las causas les abulta,
 y otras finge, y la cierta les oculta.

XCI

El escudero fiel con mano presta
 á cuanto el lance pide se adelanta.
 Quitase Erminia en tanto su modesta
 túnica, que la cubre hasta la planta,
 y en escueto vestir álzase apuesta,
 cual nunca linda con belleza tanta;
 mas entonces la electa á la partida
 sola doncella de su adorno cuida.

XCII

Arranca el pelo el casco y el contorno
 del blanco seno el fierro tosco raya:
 al peso del escudo, raro adorno,
 la muelle diestra tímida desmaya.
 Así toda de acero brilla en torno,
 y apostura marcial resuelta ensaya.
 Ríe presente amor, como aquel día
 que entre tocas á Alcides envolvía.

XCIII

¡Oh cómo el peso desigual sostiene
con harta pena y con andar escaso!
¡Cómo á la compañera fiel se atiende
y en ella apoya el vacilante paso!
Mas amor á prestarla fuerzas viene
y la conforta el alma y cuerpo laso,
con que acierta á llegar do el escudero
la aguarda, y monta corredor ligero.

XCIV

Disfrazados los tres por enredosa
calle oculta dirigen con arte,
y aun percibidos son, porque en la umbrosa
vía el acero su fulgor reparte;
mas detenerlos cada cual no osa
y cediendo el pasar, se aleja aparte:
que aquel blanco vestir, que la temida
enseña, aun en la sombra es conocida.

XCV

Si bien con esto Erminia algún denuedo
cobra, no marcha de temor segura
porque la asusta el peligroso enredo
y al fin de su valor siente pavora;
mas ya cabe la puerta esconde el miedo
y engaña á aquel que de su guarda cura.
«Abre á Clorinda, dice adusta y corta:
me manda el Rey á do servirle importa.»

XCVI

La voz femínea, semejante á aquella
de la guerrera, completó el amaño.
¿Quién á inexperta y tímida doncella
hallar pensara en armamento extraño?
Así el custodio la obedece, y ella
sale y corona el ingenioso engaño.
Aquí tomando por revueltas calles,
cálanse raudos á los hondos valles.

XCVII

Mas cuando al pie de solitario otero
se mira Erminia, su caballo asienta;
que pasado ya estima el trance fiero,
y descubierta ser no la amedrenta.
Lo que su mente descuidó primero,
entonces á sus ojos se presenta
difícil y forzoso; la olvidada
al campo franco peligrosa entrada.

XCVIII

Hora bien ve que en militar talante
ir entre el enemigo es loca idea,
y en darse á conocer también delante
de otro que el caro dueño titubea.
Con honesto recato oculta amante
de improviso mostrársele desea.
Párase pues, y así con pensamiento
más cauto dice al escudero atento:

XCIX

«Con carrera á la vez prudente y brusca
sé mi fiel precursor y el tiempo mide;
al campo ve, y entre la gente etrusca
penetrarás do el Capitán reside,
y dirás á Tancredo que le busca
mujer que el bien le lleva y paz le pide:
paz, cuando amor con guerra la atropella,
con que gane él salud; alivios ella.

C

»Que en su honor tiene fe tan cierta y viva,
le añadirás también, que ofensa impura
en su poder no teme; y luego esquivo
toda respuesta y tu regreso apura.
Yo aquí tu vuelta aguardaré pasiva,
pues solitario el sitio me asegura.»
Dijo, y el siervo fiel por senda estrecha
partió veloz como volante flecha.

CI

Y se condujo tal, que amigamente
fué tras la alta trinchera recibido
y presentado al Capitán doliente,
que escuchó la embajada complacido;
y cuando ideas mil movió en su mente
y le dejó entre dudas combatido,
la dulce nueva á Erminia conducía,
que oculta entrar y á su placer podía.

CII

Erminia en tanto de zozobra llena,
todo retardo ve grave y molesto,
y midiendo entre sí la acción ajena,
dice: ya llega, ya entra, ya le ha expuesto.....
Y juzga al servidor con harta pena
menos que de costumbre ágil y presto.
Al fin se avanza, y va con vivo escampo
hasta do empieza á descubrirse el campo.

CIII

Era la noche; su estrellado velo
desplegábase ya sin nube alguna,
y entre nítidas perlas daba al suelo
hilos de plata la naciente luna;
iba la dama amante con el cielo
desahogando sus penas una á una,
y triste hacía de su amor testigo
al yermo espacio y al silencio amigo.

CIV

Y exclama así mientras el campo otea:
«¡Oh dulces para mí tiendas latinas!
Aura dulce aspiráis que me recrea
y el alma confortáis así vecinas.
¡Cielo!, si á esta mujer doliente y rea
algún reposo honesto le destinas,
¡ay, de ellas no me apartes! Este fuego
entre las armas sólo habrá sosiego.

CV

»Guardadme ¡oh tiendas! y en vosotras halle
la piedad que el amor me prometía;
la que sierva yo allí supe inspiralle
al corazón de mi señor un día.
Ya el loco empeño del recobro calle,
con vuestro auxilio, de la herencia mía:
sin tal merced, de mi salud motivo
seréis, si esclava entre vosotras vivo.»

CVI

Rendida la infeliz á estos consejos,
la suerte ignora que el azar le apreste.
Era Erminia en lugar do los reflejos
dan en sus armas de la luz celeste;
tal que se mira su fulgor de lejos
y el ampo hermoso de la blanca veste,
y á quien quiera Clorinda le retrata
la tigre inmensa y esculpida en plata.

CVII

La suerte deparó que asaz vecinos
fueran muchos guerreros comandados
por dos hermanos ínclitos latinos,
Polifernes y Alcandro, allí avanzados
para impedir que crucen los caminos
á dar socorro á la ciudad ganados;
y si pasó el esclavo, fué que el puesto
circulando burló mañoso y presto.

CVIII

El joven Polifernes, que á las manos
de Clorinda espirar su padre viera,
en los arreos niveos y galanos
conocer juzga á la fatal guerrera,
y arrebatado de impetus insanos,
contra aquella incitó su escuadra fiera,
y gritando: ¡eres muerta!, arroja el asta,
que dirige el furor, y á herir no basta.

CIX

Como la cierva á quien la sed sofoca,
y al agua se dirige fresca y viva
con que fuente entre peñas la provoca
ó manso arroyo en su frondosa riva;
si ve los canes cuando al labio toca
el dulce alivio de la llama estiva,
vuélvese atrás huyendo, y el espanto
la hace olvidar el ansia y el quebranto;

CX

Así Erminia, que en sed siempre amorosa
ardiendo lleva el corazón doliente,
en la alegre acogida, honesta, honrosa,
quietar pensaba la rebelde mente;
mas hora que agresión halla sañosa
y el són del fierro y la amenaza siente,
ya su primer afán tremante deja,
y espuela dando al corredor se aleja.

CXI

Huye Erminia infelice, y el ligero
bruto la tierra con el callo avienta;
huye también la esclava, y aquel fiero
con su tropel detrás no desalienta.
Entonces en el campo el escudero
con la tarda noticia se presenta,
y en su fuga á los otros acompaña,
y el terror los dispersa en la campaña.

CXII

Mas precavido Alcandro, aunque el trasunto
de la falsa Clorinda visto había,
no la quiso seguir; que no tan junto
era, y astucia bélica temía;
pero á decir al campo marcha al punto
que no ataque enemigo los movía,
ni presa, ni botín; mas que aterrada,
Clorinda de su hermano va estrechada.

CXIII

Que por sencillo y natural no tiene
que la que es capitán, no aventurera,
se lance al campo sola, y que no viene
de cierto así con ocasión ligera;
mas que el pío Bullón juzgue y ordene;
que allí en el puesto su mandato espera.
La nueva en tanto en rápido camino
pronto se extiende por el real latino.

CXIV

Tancredo á quien de pronto ha perturbado
la primer nueva, en escuchando aquesto,
dice: acaso por verme se ha lanzado
y está en riesgo por mí; y olvida el resto.
Del arnés sólo parte se ha endorsado;
oprime su corcel, tácito y presto,
y va, á favor de la reciente huella,
volando en pos de la gentil doncella.